

Reformismo social y disputa de hegemonía

Posneoliberalismo y escenarios políticos en el Ecuador

FRANCISCO HIDALGO FLOR

Maestro en sociología. Profesor en la Universidad
Central del Ecuador, Quito. Director de Revista
Espacios. Cofundador del Proyecto Seminario
Internacional Antonio Gramsci para la Subregión
Andina y el Caribe.

GRAMSCI Y AMÉRICA LATINA

El proceso político y social que se instala en el Ecuador a fines de 2006 constituye una encrucijada para todos los movimientos populares clásicos, porque les plantea varios retos políticos y teóricos, a la vez que también está presente un signo de esperanza en el sentido democrático profundo que lo anima.

Los viejos caminos recorridos, que permitieron arribar a este punto de quiebre, ya no son suficientemente válidos para los nuevos escenarios que demandan replanteamientos estratégicos en la disputa por la hegemonía en el Ecuador, y un quehacer específico en la coyuntura que se desenvuelve.

Los movimientos obrero, indígena, campesino y estudiantil, en gran medida ligados a partidos con tradición de izquierda, fueron decisivos para generar las condiciones de una crisis de hegemonía para el modelo neoliberal, pero no son los que conducen el actual proceso de reformas.

La coyuntura que se abre en 2006 toma como lemas: “dejar atrás la larga noche neoliberal”, “acabar con la partidocracia”; y avanzar la “revolución ciudadana”. No es más, ni es menos que eso; es un dato a tener en cuenta para la interpretación política.

Palabras clave: reformas, hegemonía, pos-neoliberalismo, democracia radical, socialismo.

Abstract

The ongoing social and political process in Ecuador, which occurs at the end of 2006, represents a crossroads for all the popular classic movements, because there are for them several political and theoretical challenges, but also it is present a signal of hope due to the deep democratic sense that preside them.

The old ways of the past that allowed them to come to this breakpoint there are not more enough in the sense to give an adequate response to the new scenarios that ask for a strategic redefinition within the dispute for hegemony in Ecuador as well as a specific task at this juncture.

The workers, indigenous, peasants and students movements, in great measure linked to parties with leftist tradition, were decisive to generate the conditions for a crisis in the neoliberal model, but they are not the leaders of the current reforms process.

The conjuncture opened in 2006 took the slogans: “dejar atrás la larga noche neoliberal”, “acabar con la partidocracia”, and “revolución ciudadana”. There is no more than that; it is a fact to take account for every political interpretation.

Keywords: reforms, hegemony, post-neoliberalism, radical democracy, socialism.

Procesos políticos y hegemonía

Estamos frente a un proceso social y político diferente, ante al cual no se puede repetir más lo sabido. Los movimientos populares tratan de convertirse en actores claves, pero tienen limitaciones y dificultades. Algunas de ellas son constitutivas del proceso ecuatoriano, pero otras superan el contexto nacional y nos confrontan con el proyecto político y el bagaje histórico que los sustenta, esto es el contenido y el sentido de la propuesta socialista en un escenario de globalización capitalista.

Para proceder con el análisis, en este artículo se adopta la perspectiva de disputa y crisis de hegemonía con fundamento en el legado gramsciano, en diálogo explícito con las novedades de la coyuntura local y global.

El concepto de hegemonía hace referencia a que un proyecto o estrategia, de una clase social concreta o de un círculo dirigente económico-político, requiere no sólo del momento de la fuerza, de la capacidad de imposición, sino también generar momentos de adhesión, de construcción de consensos con un conjunto de clases y grupos sociales, que tornen viable dicho proyecto o estrategia.

Sólo esas adhesiones o consensos, entre varias clases y estratos sociales, son los que podrían garantizar una permanencia en el largo plazo a una propuesta económico-político-social, que no puede dejar de involucrar una reforma ética y moral.

Al tomar como referencia la teoría gramsciana, debemos reconocer la complejidad que ella implica, pues Antonio Gramsci (1984, t 3, 225 y 244) propone los siguientes niveles en uno de los esbozos sobre la problemática de la hegemonía: a) la cuestión del hombre colectivo y el individuo en el paradigma de la conducción política, o sea el moderno príncipe; b) la cuestión de la revolución en contextos de sociedad civil fortalecida; c) la cuestión de las ideologías como instrumento de la acción política.

En este Cuaderno 8 demanda un segundo nivel de análisis: el debate sobre revolución-reestauración, que puede conducir a una situación de revolución pasiva (ibid, 243); y, la cuestión de la conciencia política de las clases trabajadoras (ibid, 300).

Finalmente Gramsci precisa que: “el concepto de hegemonía sólo puede nacer después del advenimiento de ciertas premisas, a saber las grandes organizaciones populares de tipo moderno, que representan como las ‘trincheras’ y las formas permanentes de la guerra de posiciones” (ibid, 244).

Visión general del proceso económico-social

La hipótesis principal es que en el proceso político comprendido entre 1990 y 2009 se presenta una crisis del proyecto oligárquico-neoliberal,

una de cuyas expresiones es la imposibilidad de construir hegemonía, lo que a su vez posibilita una dinámica social desde abajo, caracterizada por: a) la consolidación del movimiento indígena, sujeto social que aporta con una reforma cultural; b) pero no logra afirmar una dirección política popular del proceso; c) la dirección pasa a las clases medias con un proyecto de reivindicaciones ciudadanas; d) esto configura una nueva situación, la modernización de un estado que se rodea de sociedad civil; y, e) ello demanda un profundo cambio de estrategia en los movimientos populares y la izquierda socialista.

Habría cuatro fases en este proceso: entre 1990 y 1998, del levantamiento indígena del *Inti Raymi*, hasta la crisis bancaria; entre 1999 y 2003, desde la crisis bancaria y la dolarización, hasta el proceso electoral en que triunfa Gutiérrez; entre 2003 y 2006, desde el gobierno de Gutiérrez, su caída y el proceso electoral en que triunfa Correa; entre 2007 y 2009, que está marcado por el gobierno de Correa y la Nueva Constitución.

En la primera fase se afirma la aplicación del modelo neoliberal, pero coincide con la consolidación del movimiento indígena, que le va a dar un contenido diverso a la resistencia popular por sus demandas étnicas y culturales, en un país que carga el peso del colonialismo; esto es determinante pues los sectores populares tienen una propuesta que les otorga la posibilidad de disputar dirección el sentido del proceso.

En la segunda fase se torna evidente la crisis del modelo y la capacidad política de los partidos oligárquico neoliberales se desmorona, mientras que los movimientos populares ganan en protagonismo y capacidad de movilización, hasta el punto de armar un acuerdo electoral que les permite ganar las elecciones.

La tercera fase período está marcada por los enredos en el gobierno y la institucionalidad oficial, las debilidades por el tipo de alianzas construidas y el emergimiento de una corriente propia de las clases y capas medias, con las banderas de la ciudadanía.

La cuarta fase está marcada por la consolidación del gobierno de Correa, el proceso de la Asamblea Constitución, el referéndum aprobatorio de la nueva Constitución y la reelección de Correa en abril del 2009.

Crisis del modelo oligárquico-neoliberal sin hegemonía

La implementación del modelo neoliberal, que en el Ecuador está caracterizado por una dinámica de reprimarización exportadora (Acosta, 2000), viene desde los años 1982 y 1983, con los primeros acuerdos del FMI y el Banco Mundial, y se arma sobre las modalidades oligárquicas en la economía y la política.

Inicialmente desmontó las tibias instituciones del desarrollismo y redujo lo poco de aparato estatal, ya que lo reconcentra en la atención a los círculos económicos oligárquicos, como por ejemplo en el sector agrario, donde directamente va a subsidios y programas de incentivo a la agroexportación; en el sector petrolero, a garantizar las inversiones transnacionales; y en el sector financiero, a la liberalización del sistema bancario. No hay un intento de construir nexos y relaciones con las economías populares, son desplazados de los programas productivos hacia los programas de atención a marginados.

En segundo lugar recicló las formas políticas oligárquicas y sus nexos de comunicación con los sectores populares son clientelismo básico; el mejor ejemplo es la recomposición del Partido Socialcristiano y el traslado de su eje del gamonalismo serrano hacia el gamonalismo costeño, bajo la égida de León Febres Cordero.

Al final su principal exponente electoral resultó el exportador bananero Álvaro Noboa, caracterizado por formas de explotación primitivas, un discurso político elemental y una estructura electoral a imagen y semejanza de sus empresas.

Ese modelo oligárquico, aumentado por el libre dejar hacer y dejar pasar neoliberal, entra en colapso en los años 1998 y 1999, con la crisis bancaria y luego la imposición de la dolarización, que colapsa a la economía nacional, destruye fuerzas productivas y agudiza la pobreza y marginación en los sectores populares.

En esas condiciones de crisis el clientelismo no es suficiente, no alcanza para sostener algún tipo de adhesión desde los sectores populares, y si a ello se suman las disputas entre fracciones en las clases dominantes, tenemos el escenario de quiebra.

Lucio Gutiérrez llega a la presidencia en 2003, pero no comprende el momento histórico e intenta un gobierno donde entrega cargos a sus aliados populares, pero la esencia del quehacer económico se sustenta en el neoliberalismo, apostando a las negociaciones de un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos.

Movimiento indígena y reforma cultural

La evolución positiva del movimiento social en el Ecuador, hasta el punto de tornarse decisivo para la quiebra del modelo oligárquico neoliberal, no hubiera sido igual sin el protagonismo que alcanzó el movimiento indígena en la década de los noventa e inicios de 2000.

La consolidación del movimiento indígena, con sus propuestas de inclusión social, de multiculturalidad e interculturalidad y plurinacionalidad, fue decisiva para que los movimientos populares pudieran estructurar

una propuesta alternativa con capacidad de liderazgo y adhesión en las clases populares.

El movimiento indígena en este período desenmascaró y confrontó viejos asuntos de la opresión, inequidad y marginación que caracterizó a la dominación oligárquica y dependiente, como son el colonialismo, el racismo y la exclusión.

Eso permitió al campo popular superar el bache generado por la crisis del movimiento obrero y el proyecto socialista, y articuló las demandas clasistas y nacionalistas con las demandas culturales y étnicas.

La incidencia de este proceso no se limitó al ámbito político, motivó un ambiente de reforma cultural e intelectual que fue decisivo, para que los discursos de la tendencia adquirieran una perspectiva amplia. Los propios círculos estrictamente artísticos y científicos también sintieron este influjo y remezón.

Eso se debió al peso del mestizaje y las cuestiones de la identidad en la construcción de la politicidad en el conjunto de las clases populares y la propia nacionalidad.

El Ecuador va dejando de ser el país con un ámbito cultural “municipal y espeso”, como alguna vez lo calificó Agustín Cueva, para adquirir una riqueza y variedad discursiva e interpretativa importante.

Pero el movimiento indígena que fue tan decisivo en el transcurrir de este proceso, ubicado en el liderazgo del campo popular y enfrentado a los escenarios políticos nacionales y el devenir propio de una confrontación nacional y clasista en el momento de crisis oligárquico-neoliberal, salió debilitado y dividido de su paso como aliado en el gobierno de Lucio Gutiérrez.

En el debilitamiento del movimiento indígena también está presente un elemento estructural, partes significativas de las poblaciones indígenas son campesinas, y vivieron en estos años un proceso de desestructuración de sus agriculturas, confrontadas con la expansión de la agroexportación, con la preeminencia de formas subordinadas que van imponiendo las agroempresas, y la fuerte ola migratoria hacia los centros urbanos e incluso a Estados Unidos o España.

Salida a la crisis y demandas ciudadanas

El modelo oligárquico neoliberal entró en momento de crisis acelerada y esto marco el devenir de las fuerzas sociales y políticas en el trienio 2003- 2006; los pactos que habían sostenido ese proyecto se deshacían, y se generó una suerte de vacío, que se expresó en abril de 2005 con el derrumbe del gobierno de Gutiérrez y el ascenso de Palacios a la Presidencia.

Lamentablemente el movimiento indígena y otras fuerzas de la

izquierda tradicional, que habían colaborado con el mencionado gobierno, también sufrían cierto declive.

El escenario estaba cambiando y empezaron a emerger las demandas de ciudadanía, y a aglutinar en torno a ellas a las clases y capas medias de la población, especialmente de las zonas urbanas de la región andina.

La identificación económica del carácter de la crisis, como crisis oligárquico-capitalista, perdió fuerza de convocatoria, y en su lugar ganó peso el discurso que la identificaba como una crisis de las formas de representación y quehacer institucional, la denostación a la “partidocracia”.

La centralidad del debate se traslada del campo a la ciudad, y en ella hacia las clases medias, pues la clase obrera sigue muy golpeada, casi sin organización sindical de base y con cúpulas adocenadas.

En el campo económico cobran potencia las demandas de soberanía y de recuperar los roles del Estado frente al mercado, por ejemplo, los debates respecto de la firma del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos o las negociaciones con las transnacionales petroleras.

En ese contexto es que surgen los diversos núcleos que van conformando Alianza País y también la figura pública de Rafael Correa, que viene de ser ministro de Finanzas.

Se articula una propuesta electoral que recupera, por un lado, las demandas requiriendo transparencia y participación en las instituciones públicas, especialmente las funciones de elección popular, como el parlamento o el ejecutivo. El mandante es el pueblo, los gobernantes deben decir en acuerdo con dicho mandante; y, por otro lado, recuperar el control estatal sobre las áreas estratégicas de la economía, como el petróleo, y proteger las economías nacionales frente a los peligros de la globalización de los mercados.

La salida a la crisis se da en el escenario de las elecciones de 2006, que marcan un nuevo sentido con los resultados, que en la primera vuelta pusieron a Rafael Correa en confrontación con Álvaro Noboa y en segunda vuelta lo eligen como presidente.

La dualidad de la nueva situación

El triunfo de Correa y Alianza País, con su programa de revolución ciudadana, que incorpora la demanda de Asamblea Constituyente y nueva Constitución, marca un nuevo momento, que deja atrás al proyecto oligárquico- neoliberal y sitúa en un contexto diferente a los movimientos populares clásicos y la izquierda con tradición.

La trascendencia de una situación de crisis en el modelo oligárquico-neoliberal y una salida con los sentidos de soberanía, participación y democracia, con todas las limitaciones que puedan haber, es un acontecimiento

que supera lo nacional y da cuenta de procesos regionales.

La globalización neoliberal penetró y fracturó las economías y sociedades latinoamericanas, pero no las sometió, encontró resistencia y oposición, en algunos lugares hubo condiciones más propicias que en otros.

Con la caída de la tasa de ganancia, de sus circuitos especulativos y monopólicos, van cayendo también sus discursos de legitimación. Es más, se percibe que su crisis compromete no sólo a lo económico, sino que afecta al conjunto de procesos que permiten y garantizan la reproducción de la vida y de la naturaleza.

Están impelidos a una fase de apertura, requieren hacer concesiones.

Pero el grado de apertura, la magnitud de las concesiones a negociar, no se decide sólo en su campo; pues a la par se presenta una tendencia o corriente desde las clases populares que ponen en cuestión aspectos fundamentales de la dominación, aunque todavía no se plantean la transformación total.

No hay que perder de vista que los pueblos aprenden en su práctica social y política, es importante acompañarlos y promover una concientización. No reducirse a vanguardias esclarecidas, aisladas del quehacer político concreto de las clases populares.

El proyecto de imposición neoliberal y la totalización del mercado están derrotados; pero el sistema capitalista tiene muchos rostros y sabe variar de estrategias. No tiene al frente un discurso con poder político que lo cuestione en sus raíces.

El campo popular todavía no alcanza una cohesión, tiene muchas potencialidades, pero las limitaciones abiertas con la derrota del proyecto socialista del siglo XX están presentes.

Es una dualidad que puede abrir un escenario de disputa de hegemonía, para ello hace falta que las organizaciones populares se fortalezcan y ganen conciencia de una estrategia diferente en la nueva situación.

Modernización estatal: sociedad política + sociedad civil

En la situación política que se configura en la nueva coyuntura, y que confluyen en las fuerzas electorales que permiten el triunfo de Rafael Correa y Alianza País, hay también una disputa de sentidos y de proyección del proceso.

En sentido está determinado por el proyecto progresista, que implica rupturas con el modelo oligárquico- neoliberal y renegocia modernización del Estado, renovación de la economía, de la institucionalidad pública y genera acuerdos sociales que permitan la gobernabilidad.

La modernización de la economía atraviesa por recuperar el rol del

Estado planificando y controlando al mercado, consolidando la intervención directa en la producción, en especial en los recursos claves de la economía, como el petróleo, el comercio exterior, y limitar la dependencia respecto de las transnacionales.

La recuperación de la institucionalidad pública, para que ella esté presente en los sectores y las áreas donde se sienten las demandas sociales, y que fueron abandonadas y entregadas al capital privado, como la salud, la educación, la agricultura, los derechos laborales, los pueblos indígenas.

Se trata de afirmar la base social, ganar la adhesión popular al proyecto, que las decisiones de gobierno cuenten con la opinión de los sectores involucrados o afectados, implementar mecanismos de gestión participativa. Es decir una sociedad moderna, esto es sociedad política con sociedad civil, un proyecto de poder que cuente con adhesiones, red de instituciones, organismos, asociaciones, que penetrando en la sociedad, van tejiendo y garantizando consensos.

Pero hay otro sentido, marcado por el proyecto alternativo, que a contracorriente, esboza un modelo de desarrollo totalmente diferente del neoliberal, con reformas sustanciales al capitalismo, basado en las economías populares, los pequeños y medianos productores del campo y la ciudad, con traslados de plusvalía quitando a los sectores de punta empresarial y otorgando a los campesinos y artesanos, mejorando la capacidad adquisitiva de las clases trabajadoras. Articula las propuestas clasistas populares y nacionalistas, con la cosmovisión andina y sus formas de aprehender la evolución de la producción con el bienestar colectivo.

Es un proyecto que supera el concepto y la visión progresista capitalista, y que permite un debate contemporáneo e integrador de respuesta y alternativa al conjunto de la crisis en ciernes. Estas dos corrientes están presentes en el juego y desarrollo de las fuerzas sociales y políticas en el nuevo escenario que se configura a fines del 2006.

¿Cuáles son las cuestiones en disputa? Transición y contrahegemonía

El momento que se abre en el Ecuador a fines de 2006, es la transición hacia otra modalidad de acumulación y otro juego de alianzas de clases, pero también es un momento de ruptura generado por presión “desde abajo” y no un golpe de Estado “desde arriba”, por lo tanto hay un componente de presión por conquistas democráticas de mayor alcance, que superan los límites previstos desde las instituciones establecidas.

Es un momento especial, en el sentido que la debacle de los patrones de dominio oligárquico- neoliberales, coincide, pero también forma parte de un contexto de crisis internacional del capitalismo, que empieza a manifestarse en toda su magnitud, la quiebra de una forma de dominio

mundial, como es la unipolaridad de los Estados Unidos de América, y la crisis de los capitales especulativos-financieros, los cuales acarrearán procesos agudos de exclusión, marginalidad y destrucción de la naturaleza y del trabajo.

Es una problemática compleja, que en el caso ecuatoriano tiene una salida progresista, en el sentido que genera condiciones para afirmar conquistas de las clases populares, y se alinea en el nivel internacional con fuerzas que presionan por un nuevo contexto que afirme un pluricentralismo, construya alianzas regionales y establezca controles internacionales y nacionales sobre el capital financiero y las transnacionales.

Junto a ello, mirando el campo popular, están presentes desafíos estratégicos, que superan el momento de transición y que tienen que ver con la irresuelta crisis del proyecto socialista, que se arrastra desde finales del siglo XX y que requiere ser asumido por organizaciones sociales y políticas y dar pasos para su superación.

El asunto es también ganar tiempo para que las clases populares puedan asumir este desafío, de reconstruir una teoría y un proyecto político histórico, de alcance anti-capitalista, sobre la base de sujetos políticos diversos y multiculturales. Si estos desafíos ni siquiera son asumidos, no habrá posibilidades de un proceso contrahegemónico y una verdadera acumulación de fuerzas.

Pensadores lúcidos ecuatorianos han planteado desde hace algún tiempo que en este ámbito estratégico, un problema crucial, que lo evidencia con claridad el proceso político vivido en el Ecuador, es el “sujeto restringido y unilateral” (Breilh, 2001), frente a lo cual la tarea es “el trabajo y la reflexión sobre formas de construcción intersubjetivas, que deriven en resultados multiculturales y una visión pluralista emancipadora”.

Jaime Breilh precisa que:

[...] la construcción emancipadora intersubjetiva sería entonces una superación dialéctica de la construcción emancipadora convencional de la izquierda mestiza, que ha sido en gran medida monocultural. Monocultural no sólo en el sentido de su línea “eurocéntrica”, o fuertemente referenciada por los parámetros del pensamiento de la modernidad “occidental”, sino también monocultural androcéntrica.

De alguna manera esta cuestión clave de asumir la crisis del sujeto unicultural y centralista como eje de un proceso revolucionario, es también compartido en el análisis de Bolívar Echeverría sobre los desafíos actuales para el pensamiento marxista. Sostiene que:

[...] en los tiempos actuales, la “sujetividad” no sólo se ha dispersado, sino que ha recurrido a innumerables metamorfosis, muchas

de ellas sorprendentemente engañosas. El “contrapoder” permanece desdibujado, reacio a constituirse en cuanto tal; se afirma más bien con la calidad de una “no potencia” o como una resistencia difusa cuyo “poder” sería completamente de otro tipo [...] la reticencia por parte del protosujeto, que trabaja anónimamente en contra de la modernidad capitalista, a constituirse en sujeto, proviene sobre todo del respeto que le tiene a su propia diversidad, es decir, de la aceptación militante de un hecho ahora innegable –después de la ilusión moderna de la uniformidad–: la dispersión de los significantes que prevalece como momento esencial de esa resistencia social (Bolívar Echeverría, 2006).

Entonces de los que se trataría es de aprovechar esta coyuntura, el momento de transición y las concesiones a que obliga el andamiaje hacia una modernización del Estado (sociedad política + sociedad civil), sumado con el enfrentamiento de la crisis capitalista (financiera + industrial + alimentaria + ambiental), todo lo cual conforma un desafío político y teórico, para construir el tejido de interrelaciones de los diversos sujetos involucrados y la posibilidad de consolidar una intelectualidad orgánica que asuma los desafíos señalados.

Encrucijada y viraje estratégico

La izquierda con tradición y los movimientos populares clásicos se enfrentan a múltiples desafíos, que le obligan, a riesgo de perder los espacios sociales y políticos ganados que en el Ecuador no son pocos, a ceder capacidad de liderazgo, a un viraje en sus estrategias respecto del quehacer político y la democracia y a la construcción del bloque popular, las vías de acceso y concepciones sobre el poder.

Las vicisitudes del proceso político analizado, que cubre dos décadas, lo ponen frente al problema de la disputa de hegemonía como el aspecto central presente, en el marco de un nuevo estatus político y cambio de modelo del Estado oligárquico-neoliberal, hacia el Estado moderno-progresista, que en la coyuntura se abre como un reformismo social.

Es sobre la base del reformismo social que se va tejiendo un nuevo consenso y este es el sentido profundo de la encrucijada, de la cual se habla en este artículo, y que tiene varias opciones de respuesta, entre ellas: a) participación y presión por el sentido de las reformas, lo cual implica involucramiento de los sectores sociales, y a la vez defensa del nuevo estatus político, amenazado por los sectores oligárquicos desplazados del poder; o, ii) denuncia del sentido profundo del nuevo estatus político y reafirmación de las propuestas de largo plazo, considerando como secundario las amenazas de los sectores oligárquicos.

Esta encrucijada no es sólo una cuestión planteada en el Ecuador, sino en varios países latinoamericanos, y tiene una particularidad frente a otros momentos históricos, más o menos similares, y es que el escenario se da en torno a gobiernos resultado de procesos electorales, con amplia participación poblacional y un debate fuerte sobre la democracia.

La decisión a favor de una u otra de las opciones planteadas para la organización de izquierda histórica atraviesa por valorar o no ese sentido democrático y la participación directa de las clases populares en los procesos políticos.

En la tradición de la izquierda ecuatoriana la cuestión democrática había sido vista desde una perspectiva instrumental y con sospecha. Hoy se ve abocada a explorar los sentidos revolucionarios, que para el proceso político más general, pero también hacia dentro, son percibidos como decisivos.

Precisamente en uno de los campos donde fueron derrotados los sectores oligárquicos-neoliberales fue en el discurso y las prácticas en torno a la democracia, como un ejemplo de ello es que el movimiento indígena desde 1990 planteó el tema de una nueva constitución y la asamblea constituyente como la vía adecuada, y una de las propuestas claves de Correa y País en la campaña electoral de 2006 precisamente fue la una nueva asamblea constituyente y nueva constitución, ante el fracaso del proceso de 1998.

Las batallas futuras, por lo menos durante el proceso histórico que se afirma, se van a seguir librando en los contenidos y las formas de la democracia.

Es necesario situar el asunto que la democracia va más allá de procesos electorales y procesos plebiscitarios, donde el pueblo es consultado, sino también incorpora democratizar los medios de producción, la redistribución de la riqueza, la presencia directa, con capacidad de decisión en las instancias gubernamentales, que el rol de los gobernantes es responder al mandato popular, entre otros aspectos.

Todo esto demanda un viraje estratégico, pues, recurriendo otra vez a la teoría gramsciana, ahora la izquierda con tradición y los movimientos populares se enfrentan a un Estado fortalecido, muy diferente a la vieja situación de un Estado debilitado, pues ahora cuenta con una sociedad civil articulada a su proyecto.

Eso implica la caducidad de la vía rápida de asalto al poder, que requiere como sujetos una clase movilizadora, una vanguardia esclarecida y un aparato militar eficiente. Pues ahora el poder es mucho más que sólo “el palacio de invierno”, al estar rodeado de sociedad civil, es decir de consensos con varias clases.

Ahora se trata de prepararse para una estrategia de largo plazo, pues como lo recuerda Atilio Borón (sf): “la coyuntura actual del capitalismo nos exige, retomar las posiciones gramscianas, si es que queremos comprender las condiciones concretas bajo las cuales será posible luchar efectivamente por la causa del socialismo”, y por ello nos recuerda que es a Gramsci a quién

[...] le cabe el honor de haber sido el primer gran teórico marxista que pensó una estrategia política revolucionaria de “larga duración”, para la cual forjó un aparato conceptual: “guerra de posiciones”, concepción “ampliada” del Estado, “hegemonía², explícitamente diseñado con este objetivo.

Asamblea Constituyente y nueva Constitución

El marco más amplio del texto de la nueva Constitución es muy positivo, establece con claridad un modelo distinto al neoliberalismo, plantea una estructura económica diferente que define como social y solidaria, recupera un rol controlador del estado frente al mercado y propone un sentido de construcción social que denomina como el “buen vivir”, concepto que recupera de las culturas indígenas el *sumak kawsay*, esto es la armonía en las relaciones entre los seres humanos y de estos con la naturaleza, además proclama que el ser humano está por encima del capital.

Otro logro importante es el reconocimiento de la naturaleza como sujeta de derechos, el reconocimiento de la plurinacionalidad del Ecuador, del idioma quechua como lengua oficial, de la justicia indígena, el agua como derecho humano y la soberanía alimentaria. Así como la gratuidad de la educación hasta el nivel universitario y respalda una seguridad social pública no privatizable.

También hay que reconocer que en el ámbito de las garantías laborales se dan avances importantes, se eliminó la tercerización laboral y se ha aprobado elevaciones en los salarios básicos a nivel público y privado.

La sospecha no está en lo que el texto contiene, sino en cómo los sujetos del proceso se ordenan y posicionan para interpretar y aplicar (o desviar) el sentido profundo del nuevo texto constitucional.

Correa ha insistido en las últimas semanas en públicamente alertar que al interior del movimiento de gobierno existen “infiltrados”, que “siguen sus propias agendas”, pareciera llamar a una purga partidaria.

Los puntos profundos de esta discrepancia parecen moverse en tres niveles: a) cómo construir una dirección política del proceso; b) cuáles son los contenidos de un sentido democrático; c) dónde poner los acentos de la recuperación económica.

Sobre estos temas se distinguen claramente dos tendencias en el movimiento de gobierno Acuerdo País, el principal protagonista político, pues controla el ejecutivo, el legislativo y quisiera hacer igual con la función judicial.

Respecto de la dirección del proceso, unos dicen que es necesario comprender que se está en una etapa frágil, de riesgo, que eso demanda de una conducción política precisa, rápida y con fuerte centralismo, esa dirección, por la característica misma del proceso ecuatoriano, gira alrededor de un personaje con vigor y celeridad como es el presidente Correa; otros dicen que el movimiento es plural, que contiene varias tendencias a su interior, que allí está su potencialidad y que es necesario trabajar esos acuerdos, el tiempo no puede ser la medida para el carácter de la conducción, sino la calidad del consenso.

Respecto de la democracia, unos dicen que la raíz de la democracia está en la adhesión popular, que eso es lo que hay que cuidar con medidas de apoyo directo y subsidios a los más pobres; “no es la democracia del bla, bla”, del debate permanente, sino la democracia de la efectividad política. Es necesario en el ámbito político garantizar un modelo presidencialista y limitar el parlamentarismo; los otros dicen que el camino mismo tiene que ser democrático, participativo, de construcción de acuerdos, en el método se encuentra el contenido y se debe construir las adhesiones con alianzas directas con los movimientos populares y partidos de izquierda ya existentes.

Respecto de la recuperación económica, unos dicen que es indispensable una recuperación inmediata, caso contrario el proceso de cambio mismo pierde piso y esa recuperación está en la minería y el petróleo, con una fuerte presencia estatal, pero “sin espantar” a las transnacionales, llegar a acuerdos convenientes para la patria ya que en la agricultura no es posible cerrar las puertas a los productos transgénicos y los agrocombustibles; los otros dicen que ir por la vía extractivista es un continuismo con las vías tradicionales capitalistas, hay áreas geográficas donde no debe explotarse el petróleo y los minerales, y sobre la agricultura, el pilar deberían ser las economías populares y cerrarse la puerta a los transgénicos y los agrocombustibles.

Para Correa el “infantilismo de izquierda” del siglo XXI es pretender que se mantengan intocadas las reservas mineras y petroleras, que los criterios ecológicos se superpongan a la lógica extractivista.

Se puede decir que el texto constitucional es más radical en la definición del posneoliberalismo, que va más allá que la conducción real del presidente Correa y obedece a una visión del proyecto de cambio más profunda, en el sentido de perfilar un modelo de desarrollo incluyente y

sustentable, aunque sin alterar los aspectos de raíz del orden burgués, sin embargo la correlación de fuerzas que estuvo presente en la Asamblea Constituyente parece diluirse.

Dar atención al significado de la amplia movilización social que generó el proceso constituyente, no permitir que quede atrapado en los niveles de cúpula partidaria, ganar una conciencia de participación y propuesta, que luego permita presionar porque haya una coherencia real entre el texto de la Nueva Constitución y la definición de las políticas de gobierno.

El signo político de la esperanza y de cambio

Para concluir este ensayo sobre los procesos políticos en el Ecuador y movimientos populares, asalta la duda de que los conceptos aquí utilizados para describir la etapa que abre 2006: reformismo social, transición en modalidades de acumulación, modernización del Estado y disputa de hegemonía siendo precisa; sin embargo, corre el riesgo de perder de vista la vitalidad propia de los acontecimientos políticos, que implican agitación de masas, lucha social, concientización, debate y virajes.

En los procesos políticos hay un espacio que escapa al desapasionado análisis conceptual y que se mueve en los ámbitos de la subjetividad social, que es el factor no controlado o del azar, que puede trastocar las estrategias fríamente calculadas.

Intentando recuperar ese ámbito de la subjetividad es que al cerrar el artículo no podemos dejar de señalar la aspiración de esperanza que motiva a las clases y capas populares, que perciben a esta etapa como una fase de cambio.

Uno de los primeros en reconocer este signo de esperanza en los acontecimientos políticos del continente fue Luiz Ignacio Lula da Silva, en el año 2005 del primer triunfo electoral, y luego ha sido repetido por muchos líderes sociales y políticos, varios de ellos candidatos presidenciales en su momento de victoria.

Es un sentimiento y aspiración de esperanza, en circunstancias de una crisis que se agudiza, de rebelión frente a estructuras de poder muy antiguas que se mantienen incólumes; un deseo de transformaciones profundas que son puestas a favor de un líder carismático como consecuencia de una vieja escuela populista, que busca las identidades entre pueblo y caudillo.

También hay un sentimiento por un cambio que abra la puerta a nuevos procesos políticos, que trastocan correlaciones de fuerza, que empujan a radicalizar tendencias y demandan autenticidad y coherencia entre la retórica y la práctica.

Esa esperanza hoy es canalizada por la vía de eventos electorales y de

las instituciones políticas dadas, eso tiene ventajas y desventajas, la más importante, ya señalada antes, que sitúa en el centro del debate la cuestión de la democracia, ese es el signo de los tiempos presentes.

En el análisis realizado, el signo político de la esperanza, es esa posibilidad de que el reformismo social pueda apuntalar hacia adelante y que una disputa de hegemonía supere los cánones de los estrictamente práctico y avance hacia una propuesta con horizonte emancipatorio.

Bibliografía

- Acosta, Alberto. *Breve historia económica del Ecuador*; Quito, CEN, 2000.
- Asamblea Nacional Constituyente. *Constitución 2008*, Quito, ANC-Montecristi, 2008.
- Breilh, Jaime. “Sujeto histórico: fractura y emancipación: el marxismo y la nueva dialéctica metacrítica”, en *Revista Espacios*, n° 10, 2001.
- Borón, Atilio. “El posneoliberalismo: un proyecto en construcción” en www.rebelión.com.
- Echeverría, Bolívar. “Lejanía y cercanía del Manifiesto Comunista a ciento cincuenta años de su publicación”, en *Vuelta de siglo*, México, Era, 2006.
- Gramsci, Antonio. *Los cuadernos de la cárcel*, México, Era y BUAP, 2001.
- Coutinho, Carlos. “Gramsci y el ‘sur’ del mundo”, en *Poder y hegemonía hoy*, México, BUAP-PYV, 2004.
- Hidalgo Flor, Francisco. “Los movimientos indígenas y la lucha por la hegemonía”, en *Poder y hegemonía hoy*, México, BUAP-PYV, 2004.
- Hidalgo Flor, Francisco. *Alternativas al neoliberalismo y bloque popular*; Quito, CINDES-Universidad de Cuenca-CETRI, 2000.
- Kanoussi, Dora. *Una introducción a Los cuadernos de la cárcel*. México, Plaza y Valdés-BUAP, 2000.
- Martínez, Fernando. “Necesidad de Gramsci en Cuba”, en *Poder y hegemonía hoy*, México, BUAP-PYV, 2004.
- Massardo, Jaime. “La recepción de Gramsci en América Latina”, prólogo a la edición castellana de la biografía de Gramsci de Antonio Santucci, www.gramsci.org.ar.
- Marquez-Fernandez, Álvaro y Zulay Díaz-Montiel. “Estado, poder y pueblo: tres conceptos básicos para el análisis de la situación socio-política latinoamericana”, en *Transformaciones Políticas*, México, Libros en Red, 2005.
- Nogueira, Marco Aurelio. “Un Estado para la sociedad civil”, en *Revista del CLAD*, n° 14, junio, 1999.
- Sacristán, Manuel. *El orden y el tiempo*, Madrid, Trotta, 1998.